

Freelander

MILJENKO JERGOVIĆ



Süddeutsche Zeitung. Un telegrama comunicándole la muerte de un anciano tío con el que no tenía contacto hace que Karlo Adum, un profesor de historia jubilado y viudo que trata de hacer frente a su patética soledad mediante la ironía y el cinismo, emprenda un viaje de Zagreb a Sarajevo. En su viejo Volvo del 75, su más preciada posesión, recorre un país ahora dividido en territorios croatas, bosnios y serbios. El viaje será a la vez un regreso metafórico a su propio pasado, medio siglo después de haber tenido que huir precipitadamente de Sarajevo, donde su madre frecuentaba la compañía de oficiales alemanes, italianos y croatas fascistas durante la Segunda Guerra Mundial. Pueblos abandonados a causa de la guerra, restaurantes de carretera, intensos encuentros deportivos, accidentes de tráfico, personajes pintorescos... todo invita a Adum a adentrarse en los recodos más sombríos de la historia y de su propia memoria. Pero ¿qué teme encontrar en Sarajevo el pacífico Karlo Adum y que le impulsa a hacerse con un revólver? Retrato de un territorio condenado a renacer siempre de sus propias cenizas, «Freelander» es también una radiografía implacable de eso que el autor llama «el terror a las pequeñas diferencias».

FREELANDER

Miljenko Jergović

–¡Hay que ver cómo se le tuercen a uno las cosas! –repitió el profesor Karlo Adum, justo cuando el cartero quería marcharse. Solo tenía que saludarlo, llevarse la mano derecha a la sien como si fuera un alférez jubilado y volverse hacia el ascensor, pero el viejo no se rindió, sino que por tercera o cuarta vez repitió la misma fórmula:

–¡Hay que ver cómo se le tuercen a uno las cosas! –después de lo cual el cartero no podía irse así como así, sino que tenía que esperar a que pasara un rato, que los suspiros y encogimientos de hombros se enhebraran uno tras otro, que las cejas se enarcaran y que se inclinaran hacia abajo las comisuras de los labios al menos tres veces, como cuando los ancianos se transmiten expresiones de condolencia o intercambian noticias acerca de un tumor en la próstata, que quizá no es un tumor, los médicos no se enteran de nada, no tienen ni idea, pero, no obstante, arquean las cejas igual que cuando el tumor existe de verdad y crece, y cuando solo te abren y cierran, porque no hay palabras y no hay más forma de evitar las palabras que subir y bajar las cejas, y si hubiera una olimpiada de cejas levantadas, los de estos pagos, en particular los de los bloques de Novi Zagreb, entre los que abundan sobre todo los jubilados, serían medalla de oro.

El cartero, que lo conocía hacía ya más de veinticinco años, pues llevaba todo ese tiempo repartiendo el correo en Zapruđe, nunca le había dicho su nombre, ni a Karlo Adum le interesaba. Si alguna vez se le había ocurrido que ese hombre de bigotes grandes y poblados, oriundo del pueblo serbio de Tršić, el pueblo natal de Vuk Karadžić, se llamaba de alguna manera, le había parecido una falta de educación preguntárselo. Sobre todo después de 1990. Porque ¿qué nombre de pila iba a tener uno de Tršić que no resultara incómodo cuando alguien se interesara por él? Por eso era mejor que el cartero se llamara Cartero, tal como lo había conocido a lo largo de todos esos años: un cartero con su mujer, Štefa, nacida en Križ, y con tres hijas,

Dubravka, Jadranka y Planinka, a las que, ciertamente, jamás había visto, pero de las que había oído hablar hasta lo indecible no solo al Cartero, sino también a los vecinos, a los cuales había disgustado que el Cartero se fuera con Štefa durante dos meses a un balneario porque se le habían debilitado las rodillas, y que lo sustituyera un borrachín que se equivocaba al repartir las cartas y lo justificaba porque, al fin y al cabo, en los buzones no ponía el nombre de los habitantes del rascacielos, sino el de los primeros vecinos que se habían instalado allí ya en 1968, y a veces ni siquiera el de estos, sino que aparecían los nombres de personas que jamás habían vivido en el inmueble; sin embargo, el Cartero se sabía de memoria dónde estaba el buzón de cada cual, de modo que no le hacían falta los apellidos, y expuestos en los casilleros la gente los percibía como una indiscreción innecesaria. Pero si el Cartero no regresaba del balneario, en realidad, si debido a las rodillas pedía una pensión de invalidez y se jubilaba, todos y cada uno de los vecinos del edificio se verían obligados a exhibir su apellido en un lugar visible.

Solo pensarlo les producía escalofríos. El señor Apostolovski, de la segunda planta, médico jubilado del hospital militar, fue a la oficina central de Correos y pidió la dirección del cartero que repartía las cartas en Zaprude. ¿Una reclamación? ¡No, ni hablar! Pues si no es una reclamación es una indiscreción, le respondieron. El taxista Lazari, a su vez, fue un fin de semana de balneario en balneario, para ver si encontraba al Cartero y a su Štefa y ofrecerles toda la ayuda de los habitantes del bloque, tanto un enchufe para los médicos como un apoyo económico, con tal de que el señor Cartero no pidiera la invalidez. Y, por supuesto, no lo encontró, porque el Cartero estaba en el balneario de Bizovač, y a quién se le iba a ocurrir buscarlo allí, si Apostolovski había dicho que Bizovač no era para las rodillas. Y al final el Cartero volvió, sano y renovado. Todos se mostraron satisfechos. Y también Karlo Adum y

su señora Ivanka, aunque en su buzón ponía la verdad, es decir: Adum-Schwartzter, y no tenían motivos para preocuparse por lo que sucediera si un día cambiaban de cartero.

—¡Hay que ver cómo se le tuercen a uno las cosas! —repite el profesor quizá por séptima vez, y solo entonces dejó que el Cartero siguiera su camino.

Era viernes, en las manos tenía un telegrama sin abrir que más tarde depositaría en la mesa de la cocina y seguramente no abriría hasta la noche. A la mayoría de las personas las asustan los telegramas porque temen la muerte, la enfermedad y la desgracia. Y a una minoría estúpida les alegran porque esperan que llegue el que va a eliminar todas las preocupaciones de sus vidas. A Karlo Adum le daba igual, por lo que olvidó el telegrama.

Le daba igual porque al fin y al cabo su vida se había torcido.

Primero, de acuerdo con la resolución de 31 de diciembre de 2005, se había jubilado. Tenía que haberlo hecho a finales del curso escolar, pero Karlo se había acogido al derecho de quedarse hasta el final del año en el que cumplía cuarenta años de vida laboral. Por decirlo de un modo profesional.

Los últimos cuatro meses no había hecho más que sentarse en la sala de profesores o en la biblioteca de la escuela sin hacer nada, y sus colegas ni siquiera reparaban en él. El día en que vació su taquilla, la mesa a su espalda estaba llena de botellas de zumo y de Coca-Cola, de vasos de plástico y de platos con jamón cocido que olía a laboratorio de química, y ese horrible queso de goma, pálido como la muerte. Se brindaba por el Año Nuevo, entre exclamaciones entraban y salían alumnos de los últimos cursos, la profesora Magda Simčić, una solterona de Kutina, se derramó el zumo de arándanos sobre la blusa blanca y rompió a llorar delante de todos, el director la consolaba y agitaba sobre la mancha un salero de cartón en el

que ponía Soda so Tuzla, igual que el albanés que antes de un partido sala mazorcas de maíz delante del Palacio de Deportes y sonríe afablemente para que los aficionados del club anfitrión no le den una paliza.

Y así el director le echaba sal a la llorosa profesora, la sal quita todas las manchas, créame, querida colega, y le sonreía con la resignación de una víctima. Karlo lo miraba de vez en cuando mientras guardaba sus pertenencias en una maleta grande y disfrutaba porque el director ya no se fijaba en él. Por fin podía ver lo que durante años se le había escapado como los subtítulos demasiado rápidos en una película japonesa.

Al salir nadie le devolvió el saludo. Creían que el profesor Adum volvería después de dejar las cosas en el coche.

Tres meses más tarde, a finales de marzo, Ivanka sufrió los primeros mareos. Se paraba en mitad de una frase, se sujetaba la frente como si intentara acordarse de algo. Había puesto una silla junto al fogón y se sentaba mientras daba vueltas a la polenta, porque se le iba la cabeza y ante sus ojos pasaban galaxias, eones y macetas con pensamientos.

—Anemia primaveral —la consolaba preocupado—, no es más que una anemia primaveral.

Luego la ingresaron en el hospital, en el de Rebro, por recomendación, para que le hicieran un reconocimiento concienzudo. Karlo fue a casa para coger un camisón, un espejo y algo de leer, eligió *Doctor Zhivago*, que ella había leído la última vez en la playa, en Podaca, en 1977, pero el caos reinaba en la ciudad, habían cortado el tráfico por la llegada de un político americano, y tardó mucho en regresar al hospital, quizá dos horas, y cuando por fin llegó, el doctor Sremec le tendió la mano y le dijo:

—Lo siento, querido profesor, pero la señora se ha ido — y en ese instante al profesor Adum le pareció que no habían transcurrido dos horas desde su separación sino al

menos dos años, y le remordió haber dejado a Ivanka sola tanto tiempo.

Después vino el funeral y por la casa pasaron hombres encorbatados en traje gris, en general ancianos y mujeres con bolsito de charol negro y cabellos en los que las canas azuleaban como el mar delante de la isla de Vis, el mar profundo repleto de feos peces ciegos; y todos abrazaron al viudo, como si se despidieran de él, porque él también saltaría tras el ataúd a la oscuridad del crematorio y descendería con el silencioso mecanismo al fuego y a las brasas. Después lo estuvieron llamando durante un tiempo, le preguntaban cómo estaba, lo invitaban a comer, era la época de las reconstituyentes sopas primaverales, y él pretextaba asuntos inaplazables, mentía diciendo que iba de viaje a Split, y las invitaciones se fueron espaciando poco a poco, durante días no se oía el timbre, iba al mercado por pan y a ninguna otra parte, hasta que una mañana todos se olvidaron de él. Se tornó invisible incluso para los vecinos de su descansillo. Pasaba junto a ellos como la sombra de un albañil que hubiera muerto mientras se construía el edificio. Solo le quedaba el Cartero.

—Tú eres del pueblo de Vuk, tienes que saber lo que significa que la vida se te tuerza —le apretaba el brazo, y el cartero sonrió y le dijo algo en voz alta, tan alta que retumbó en la escalera y parpadearon los ojos tras las mirillas.

Karlo Adum, profesor de historia jubilado, estaba tumbado en el tresillo y leía el periódico. Había quitado el volumen de la televisión, el presidente de los Estados Unidos movía los labios mudo, el conductor de un camión yacía sobre el volante mientras la sangre le resbalaba por la cara, a través del cristal perforado por las balas se veía el desierto y la bandera de Palestina, sobre Croacia se alternaban con regularidad el sol y ovejitas blancas de nubes, al lado de Croacia se extendía un abismo oscuro y anónimo en forma de Bosnia, sobre la que no había ni sol ni nubes, los futbolistas del Dinamo corrían a abrazarse unos a

otros, Janica Kostelić tenía la mandíbula de un boxeador en una película de dibujos animados, las muchachas de Šestine hacían girar los paraguas en un reportaje turístico anterior a la Segunda Guerra Mundial, en la cabecera de las noticias ya no daba vueltas el globo terráqueo como cuando Karlo era joven.

Tan pronto miraba la pantalla como el periódico mientras fuera, tras los rascacielos de Novi Zagreb, caía la oscuridad y engullía lentamente la llanura de Turopolje.

Cerró los ojos, oía los coches que se dirigían a la ciudad, donde no tardaría en empezar la vida nocturna, los tranvías que traqueteaban a través del puente y, a lo lejos, disparos, petardos y ráfagas, que señalaban otra, a saber cuál, gran victoria croata. ¿Desde cuándo hay deporte los viernes?, se preguntó el profesor Adum, luego pensó si era realmente viernes, o quizá sábado, el día del fútbol –la democracia se diferencia del socialismo sobre todo porque los partidos de liga se juegan los sábados y no los domingos–, y por fin se acordó del telegrama que había dejado en la cocina sin abrir, pero ya no estaba seguro de si el Cartero había traído de verdad un telegrama o solo se lo parecía, porque estaba durmiéndose y probablemente el telegrama estaría también en su sueño antes de que todo se desvaneciera por completo.

El profesor Adum no recordaba los sueños. Y lo que no recordaba no había sucedido. Él, igual que la mayoría de las personas con problemas similares, creía que nunca soñaba, ya que no recordaba los sueños.

Se despertó alrededor de las dos y media.

De pie delante de la taza del váter, esperó el chorro. Tiró de la cadena, fue a la cocina a beber agua, aguardó a que se llenara la cisterna y reinara el silencio para poder atisbar la vida nocturna del edificio, los ronquidos, el llanto insistente de un niño, el sonido del ascensor que se movía, el agua en las cañerías, las voces en el descansillo, y de nuevo el silencio que duraba tan solo hasta que al-

guien tiraba de la cadena en el retrete. Por la noche, a lo largo del inmueble descendía el Niágara entero.

Oía el agua y pensaba en la gente que en ese instante se ahogaba en alguna parte, en un río, en el mar o en un lago, tantísima gente, ¡válgame Dios!, allí donde era de día y donde era de noche, que se ahogaba mientras él oía el agua que bajaba por el edificio, o bramaba encerrada en los tubos de los radiadores.

Adum no enciende la luz, sino que está sentado en la oscuridad, se abraza las rodillas y aguza el oído. Espera a que alrededor de las cuatro, a través de las puertas abiertas de los balcones, suenen los despertadores. Las que se despiertan son las mujeres que darán a sus maridos los primeros antibióticos matutinos, y luego los cardiotónicos y analgésicos y todas las medicinas que ayudan a las personas a mantener la agonía el mayor tiempo posible. Eso pensaba el profesor Adum. Y así lo decía en la sala de profesores, porque Ivanka no quería escuchar semejantes tonterías, y así fue hasta que llegó el momento en que no pudo contarle nada a nadie.

Alrededor de las once, llamó el Cartero. Adum le abrió esperando algo. Pero el Cartero venía con las manos vacías.

—¿Ha sucedido algo malo?

—Ni idea... ¿Dónde?

—Pues aquí, a usted.

—No, Dios no lo quiera, ¿cómo se le ocurre?

—Había pensado...

—Venga, pase, ¿le apetece un aguardiente?, está usted pálido, un día difícil.

—No, solo quería ver si estaba bien.

—¿Y por qué no iba a estar bien?

—Creía que el telegrama de ayer... Si necesita algo...

—¡Ahí va!, menos mal que me lo ha dicho, ni lo he abierto.

El profesor y el Cartero se sentaron en el balcón, el Cartero tomaba aguardiente, uno croata de hierbas, que quedaba del difunto Dominis, profesor de lengua y literatura que al jubilarse se había marchado a Jelsa, donde todos los años elaboraba aguardiente e introducía en él hierbas medicinales, hasta que un día se lo encontraron muerto. Se fue como Ivanka, en medio de galaxias, de eones y de macetas de pensamientos. El Cartero hacía ya diez años que bebía el aguardiente de hierbas de Dominis, y aunque el profesor le regalaba además una botella por Navidad y otra por Pascua, todavía no había llegado a la mitad, tantas eran las reservas que el difunto había dejado.

El profesor sostenía el telegrama delante de sí, extrañado.

—Tadija Melkior Adum, es cierto, era mi tío, y qué tío, el diablo en persona, el hermano mayor de mi difunto padre, Ilija Baltazar Adum, pero fíjese, yo tengo sesenta y seis años, soy un viejo, mi padre fue a reunirse con Dios hace cincuenta y dos, ¿cómo voy a creer que se acaba de morir su hermano mayor? ¡Que encima tenía cinco años más! Si calculo bien, mi difunto padre tendría hoy noventa y siete años, así que Tadija tendría ciento dos. Diga lo que quiera, pero pienso que alguien me está gastando una broma, o pretende sonsacarme algo. Ya sabe los tiempos que corren y las cosas que se hacen los hombres unos a otros. Hay que ser cauto, amigo mío.

—¿Cuándo lo ha visto por última vez? —preguntó el cartero.

—Es que ese es el problema. No lo he visto jamás. Los dos se pelearon a muerte un poco después de nacer yo, debía de tener unos seis meses. No fue solo una riña, también se derramó sangre, se blandieron hachas y pistolas por las escaleras, y mi padre perdió el pulgar de la mano derecha en la refriega. ¿Se hace una idea de lo que es no tener pulgar? Es lo mismo que si se hubiera quedado sin

mano, pero peor aún, porque tiene los cuatro dedos restantes que le recuerdan sin cesar que nada puede hacer con ellos. Sin pulgar no se puede hacer nada con los dedos. Así mi pobre padre raspaba las paredes de la cocina con las uñas hasta que sangraban. Ese pulgar perdido lo mató. Murió como un perro solo porque no sabía qué hacer con los dedos. Si su hermano le hubiera cortado los dedos restantes, habría vivido veinte o treinta años más.

—¿Por qué se pelearon?

—No lo sé, en casa no se hablaba de ello.

—¿Y hablaba de él alguna vez?

—Sí, claro. Contaba que durante la Primera Guerra Mundial, ese invierno de 1915, el peor, cuando se quedaron sin madera, mientras el abuelo luchaba en Galitzia, se calentaban bajo el edredón. Ponían las plantas de los pies uno contra las del otro y hacían la bicicleta con las piernas. Así, en bicicleta, recorrían el camino hacia América, solos los dos, pero jamás llegaban a esa América suya porque se dormían a mitad del trayecto. Aquel invierno muchísimos niños se congelaban en la cama y a ellos, más que el edredón de plumas y las mantas, los salvó pedalear. Cuando su madre, mi abuela Anka, les dijo que no podían ir a América en bicicleta porque la bicicleta se hundiría en el mar, ambos cayeron enfermos, cogieron la difteria, sufrieron fuertes toses y no se sabe qué más, por poco se mueren. Por suerte había llegado la primavera. Eso era lo que mi padre contaba del tío Tadija. También, en otras historias, Tadija era un niño cariñoso y un buen hermano mayor que lo protegía del mundo y con el que pedaleaba hasta casi alcanzar América.

—¿Y no contaba lo que había sucedido más tarde?

—No. Jamás.

—Es raro que nunca lo mencionara ya de adulto.

—Sí lo mencionaba. En general en maldiciones e insultos. Quiera Dios que se le sequen los ojos, quiera Dios que todos los dedos se le conviertan en pulgares, quiera

Dios que una uña se le encarne en la lengua y en esa cosa entre las piernas... Así decía mientras raspaba la pared con las uñas. Y el pobre no era capaz ni de imaginar una maldición como es debido, sino que farfullaba, sin orden ni concierto, solo tonterías que no asustarían ni a los niños. Pero que raspaba la pared, sí, la raspaba concienzudamente, hasta que dejaron de crecerle las uñas en la mano mutilada. Y en cuanto a mí, tuvieron que pasar varios años hasta que comprendí a quién le lanzaba las maldiciones. Mientras contaba las historias infantiles sobre su hermano mayor, jamás mezclaba en ellas al adulto Tadija Adum. Igual que en las historias sobre Tadija el diablo, nunca se acordaba de su hermano Tadija.

—¿Y su tío se interesó alguna vez por usted?

—Por lo que yo sé, no. Y si lo hizo, mi madre no me lo dijo. Murió hace cinco años, sin apenas haberlo mencionado más que dos o tres veces. Cada vez que iba a la residencia de ancianos a visitarla durante esta última guerra, siempre que en las noticias de la televisión aparecían imágenes de Sarajevo, ella se limitaba a decir: Ah, el viejo diablo ha tenido lo que se merecía, ¡Dios existe!

Ella se santiguaba y a mí parecía sacudirme una corriente eléctrica. La televisión muestra las calles ensangrentadas de una ciudad, y mi madre da gracias a Dios por ello. No es fácil.

—No lo es, ¡diantre! —corroboró el Cartero, y se sirvió otro aguardiente de hierbas.

Estaban sentados en el balcón en pleno mediodía, aunque el sol ya no quemaba, agosto tocaba a su fin y entraba esa estación del año, ni verano ni otoño, que más benigna es para el hombre.

Después de que el Cartero mirara el reloj, se levantara y, con la retahíla quejumbrosa que suele pronunciarse a guisa de despedida, se dirigiera hacia la puerta, el profesor Adum cerró los ojos, se hundió en la hamaca y volvió la cara al sol. Podría haber seguido tumbado hasta la no-

che y no habría tenido ni frío ni calor. Se oían las voces del patio del colegio, unos chicos jugaban al fútbol, uno gritaba: Saša, Saša, no jodas, Saša; como en una película de la Resistencia en la que hasta el final no se sabe si Saša es un hombre o una mujer. Desde el mercado de Utrina llegaba el olor a *čevapi* y a gasolina, en algún lugar en medio de la calle resoplaba un camión encajonado, no tenía suficiente espacio para maniobrar, y eso inquietó al profesor, porque su viejo Volvo estaba aparcado delante del supermercado y a menudo los camiones daban la vuelta allí.

Se levantó y miró abajo. Desde el decimosexto piso debería verse todo, pero no conseguía distinguir de dónde procedía el ruido del camión. Y el Volvo estaba oculto tras los árboles.

Se puso los zapatos, se miró el bigote en el espejo y salió fuera. Esperó un buen rato el ascensor y esto también lo irritó un poco. Delante de la casa unos niños amontonaban botellas vacías.

–¡Viejo chocho, viejo chocho! –le gritó uno. El profesor se dio la vuelta y los niños comenzaron a reírse. Ha sido este, este, se señalaban uno a otro con el dedo. Había unos diez, quizá más, como si en el colegio los hubieran enviado a recoger botellas. Los miró y quiso decirles que si no les daba vergüenza, pero no pudo pronunciar palabra. Boqueaba como una carpa en el acuario de una pescadería hasta que soltó:

–Me cago en la madre que os parió.

Su propia voz lo asustó, quizá lo había oído algún vecino, así que se volvió y corrió hacia el otro lado. Oyó a los críos reírse. ¿Eran chicos o chicas, o una mezcla de ambos sexos? Era raro que en los últimos tiempos no advirtiera esas cosas.

El Volvo estaba aparcado igual que lo había dejado hacía dos días al regresar del centro. De color naranja, pintura original, fabricado en 1975, nunca había tenido un golpe, ni otro dueño... El año anterior había intentado ven-

derlo, pero cuando un granuja le ofreció doscientos euros por él renunció y retiró los anuncios. Tenían que darle al menos tres mil o cuatro mil euros. Era un coche bueno, en el que se podía confiar, que nunca te dejaría tirado. Lo había cuidado todos esos años: cada seis meses le hacía una revisión completa, controlaba el aceite, no lo sacaba del asfalto, ni había corrido con él a más de ciento treinta... El Volvo podría alcanzar los ciento sesenta, e incluso ciento setenta, pero el profesor sostenía que un coche es como un buen caballo, que a buen trote puede recorrer medio mundo, pero al galope solo se le puede forzar si tu mujer va a dar a luz o si estás en peligro de muerte. El profesor nunca había estado en peligro de muerte, y la señora Ivanka, que Dios vele por su alma, no podía tener hijos, de manera que no había puesto el Volvo a más de ciento treinta, lo había conducido siempre al trote, y lo había mantenido treinta años, y un año más. Y ahora, viejos y fatigados, el hombre y su automóvil estaban uno frente a otro, al primero lo atrae ya sin remedio la gravitación de la tumba, mientras que el segundo, según dicen, no vale más de doscientos euros, casi lo que cuesta llenar dos veces el depósito de gasolina, tanto como necesitó en 1975 para llegar hasta Estocolmo, la Venecia del norte, adonde el profesor y la señora Ivanka fueron invitados por la tía de ella, la tía Silva, viuda del *feld-marechal* Pozaić, cuyo nombre no podía mencionarse en las cartas, porque en una fotografía de un desfile militar habían visto cómo, a lomos de un caballo blanco y con el sable desenfundado, daba parte a Pavelić en nombre de los militares croatas de Soča y Pijava, oficiales austrohúngaros retirados, ancianos de setenta y ochenta años, a los que el *Poglavnik*, el caudillo croata, les había hecho el honor de incluirlos en la reserva del ejército croata o como se llamara entonces, y durante la existencia de aquel infausto Estado, nunca más volvió a aparecer en ningún lugar el viejo Pozaić en uniforme, ni en las cercanías de los *ustachas*, pero cuando se oyó que lle-